

III

NEOLITICOS

En realidad no ya una excavación somera, pero ni siquiera una prospección curiosa se ha realizado en la Baja Alpujarra almeriense. Los escasos hallazgos fruto han sido del azar y lo encontrado ha desaparecido o ha sido destruido por la ignorancia; apenas se conserva memoria de estos hallazgos. Nada se sabe de hallazgos paleolíticos. Queda lejos el Yacimiento musteriense de la Cueva de la Zájara en Cuevas del Almanzora, primeros pasos humanos en tierras almerienses y los yacimientos solutrenses de la Cueva Chiquita de los Treinta en Vélez-Rubio y de la cueva de Ambrosio en Vélez Blanco. Aunque los inmensos bosques, que cubrirían entonces la Alpujarra, albergaran caza abundante y las escondidas fuentes y barrancas ofrecieran buenos cazaderos, es probable que los primitivos paleolíticos no pusieran los pies en estas tierras escondidas entre farallones infranqueables.

De los neolíticos, aquellos hombres que comenzaron a juntar la agricultura y ganadería con la caza y la recolección de frutos silvestres, sí que se han encontrado armas, instrumentos de trabajo, útiles domésticos, cerámica y restos óseos. Fueron los primeros hombres, de que tenemos noticias, que se aventuraron por estos parajes, porque venían a quedarse. Eran agricultores y ganaderos, hombres sedentarios y la geología ha hecho a la Baja Alpujarra morada de hombres sedentarios.

Si los neolíticos arribaron a las costas de Adra-Roquetas con intención de internarse, pronto cambiaron su propósito al acabárseles los ca-

minos naturales de los breves ríos alpujarreños y ver alzarse infranqueables los farallones de Sierra de Gádor y Sierra Nevada. Se asentaron en estas tierras, dominaron la orografía alpujarreña, explotaron sus escasas riquezas superficiales, dieron a sus poblados, pequeños y diseminados, el carácter que conservan, más querido cuanto más hostil, constituyeron el núcleo permanente de la población alpujarreña, sufrieron sucesivas invasiones y las dominaron con fiera independencia indomable, amaron la tierra con irracional crispación pasional, cuando los musulmanes del Medievo o los castellanos de la Edad Moderna trataron de desarraigarlos como un maligno tumor político por sus creencias y costumbres y se desdijeron circunstancialmente de su fe y de sus ideas políticas, con tal de seguir poseyendo la tierra amada. Dice Gómez Moreno que los alpujarreños medievales eran la reliquia de una población indígena asentada en la comarca desde el Mesolítico, que desde entonces, quedaron al margen de la cultura del cobre, que no pasó de Los Millares y no les alcanzaron las influencias de la colonia fenicia de Abdera. Un aislamiento que duró diez mil años.

Hace entre cinco y diez mil años que llegaron neolíticos a las playas de Guarea, Guainos, Adra, Balerna, Punta Entina, Roquetas, Aguadulce, estrechas e inhóspitas, se adentraron por las rambias, se establecieron en las terrazas marinas y en las lomas inmediatas, llegaron a los cotos de caza, a los abrevaderos de los animales, a las tierras más apropiadas para sus rudimentarios y someros cultivos, a los prados de sabrosas hierbas para sus pequeños hatos de ganado, a las fuentes de frescas y cristalinas aguas, algunas en la misma raya de la mar, llegaron sin prisas al corazón de las Alpujarras.

Hay noticias de hallazgos de restos neolíticos en Negite, en las lomas y covachas de Castala y en el Cerrón de Dalías. Es probable que se encuentren en las lomas y covachas de Peñarrodada, los Cerrillos y Celfa. Abunda la cerámica superficial en el Cerrón de Dalías y en la Villa Vieja de Berja. Es una cerámica tosca, burda, fragmentos de los recipientes usados por los primitivos pobladores de aquellas colinas.

¿Llegaron a la Alpujarra los hombres de Los Millares, cuyo poblado típico se alzó sobre el Andarax, en la ladera NE de la Sierra de Gádor? ¿Fueron acaso los hombres de los dólmenes de las vecinas tierras de Málaga? Una Guía del Museo Arqueológico Nacional anota la existencia de un megalito en Berja. Antonio Arribas, que visitó nuestra tierra en marzo de 1953, excavó un megalito en Guainos Alto, a unos cinco kilómetros de la desembocadura de la rambia de esta aldea. La pared derecha del corredor se conservaba bien, la izquierda estaba muy destruida, quedaban solamente tres losas in situ; de las losas que cubrieron este corredor

una seguía en su lugar; el corredor tenía cinco metros y medio de longitud por uno setenta de anchura. La cámara era ovalada; su eje EO medía tres metros y un metro ochenta centímetros el eje NS. El megalito había sido visitado hasta época muy reciente, que el dueño de la finca lo cortó con un muro, para abancalar el terreno, por lo que Arribas apenas encontró ajuar, unos fragmentos de cerámica tosca de barro rojizo hecha a mano, varias asas de pezón y dos con doble perforación; aparecieron también fragmentos de huesos humanos mezclados con huesos de animales.

Los hombres de la «Cultura de Almería» penetraron en la Baja Alpujarra almeriense y llegaron hasta Albuñol, donde dejaron huellas de la fase matriarcal de su gobierno. Transcurrieron varios milenios, que aquellos primeros agricultores y ganaderos vivieron entregados a sus trabajos, a sus supersticiones alucinantes, a sus luchas tribales, hasta que otros hombres más ambiciosos, prospectores de metales, subieron por el Andarax, se establecieron en las tierras mineras de Huéneja, Alquife y Jerez del Marquesado, entraron por la Alpujarra Alta hasta Laujar, llegaron hasta Albuñol y bajaron al campo de El Ejido. Dejaron huellas de su estancia en la cueva de los Murciélagos de Albuñol, en la de Nieves de Canjáyar, en el Campo de Dalías, en él Arribas encontró una sepultura argárica. Descubrieron las vetas más someras de los minerales de plomo de Sierra de Gádor, enseñaron a los «almerienses» a beneficiarlas y llenaban sus pequeñas y panzudas naves de los metales de plomo, que llevaban a sus países del Mediterráneo oriental.

Bajo la pujanza de las culturas «almerienses» y argárica, al compás de la influencia de fenicios, griegos, cartagineses y romanos los primitivos pobladores de Berja y Dalías, de Adra y El Ejido, de la sierra de Felix y de las playas de Aguadulce-Roquetas Blancas, transforman lentamente su vida, aumentan y multiplican sus poblados, forjan su propia cultura. De ellos tenemos noticias breves, indicios imprecisos en los geógrafos griegos y romanos, que recogen las curiosas noticias que de sus viajes al Occidente remoto y fascinante les llevan marinos y mercaderes, ellos las adoptan con mitos y leyendas, las transmiten a sus conciudadanos y han llegado a nosotros bastante desfiguradas.

Según Strabón, Tolomeo, Plinio y Mela, las tribus que ocupaban la costa desde Gibraltar a Vera constituían la agrupación de los Túrdulos. Estos hombres se aventuraban en sus rudimentarias navecillas por el Mar Ibérico, que ahora llamamos de Alborán, e iban a comerciar con los vecinos del Africa fronterera, que al mismo tiempo venían a nuestras costas. Así se venían entretejiendo desde los más remotos milenios las relaciones entre las costas del Mar de Alborán. Por esto los indígenas no extrañaron la presencia de los colonizadores históricos; antes de la llegada de éstos,

los bástulos de nuestra costa, con los túrdulos del Bajo Guadaquivir y los montaraces bastitanos del Sudeste, constituyeron la poderosa y casi desconocida federación de los pueblos de la cultura tartesia, muestra primera de una constitución estatal en la Península Ibérica, que en la colonización fenicia encontró la piedra de toque de su supervivencia.

Los pueblos aborígenes, modelados por las influencias de los colonizadores históricos, producen la «Cultura Ibérica», uno de cuyos focos se descubre en torno de Sierra de Gádor con las poblaciones de Vergi, MurgiBerja, Ceñín, Dalías, Gádor.